

ARTURO SERGIO VISCA

---

Los  
DIALOGOS INTERIORES

★

— (YO - TU) —

5

PEQUENOS POEMAS

*de la*

CREACION

D. 354017

CUADERNOS DE PROSA

---

---

MONTEVIDEO

1940

---

DOMATO & MAZZUCCHI — IMPRESORES — 25 DE AGOSTO 314



### LOS DIALOGOS INTERIORES

I.—Diálogo de la Rosa Mística .....	5
II.—Diálogo del Agua .....	7
III.—Diálogo del Azul .....	9
IV.—Diálogo del Alfarero .....	11
V.—Diálogo de la Amada .....	13
VI.—Diálogo de la Luz .....	15
VII.—Diálogo del Hombre en la Cruz .....	17
VIII.—Diálogo del Ser .....	19
IX.—Diálogo del Angel .....	21
X.—Diálogo del Alma .....	23
XI.—Diálogo de la Muerte Iluminada .....	25
XII.—Diálogo del Aire .....	27

### (YO - TU)

### 5 PEQUEÑOS POEMAS DE LA CREACION

1.—Diálogo a través del Tiempo .....	31
2.—Liturgia Panteísta .....	33
3.—Síntesis .....	35
4.—Trinidad .....	37
5.—Consagración de la Pureza .....	39

### DIALOGO DE LA ROSA MISTICA

Yo. — Sobre esmeraldas recortadas finas posan tus pétalos amarillos su fragancia. Y aromas en un vuelo etéreo al aire saltan, en suave inasible avalancha, perdida y dulce de místico misterio, entre alas de plata, —escarcha, — y entre sutiles finas lágrimas, —rocío,— bañando pétalos entre agua y aire. Nocturna. Sonámbula en la noche, llorando por tu hermana la amarilla, —luna,— clamando por la madre cenagosa y fértil, —tierra,— ¿dónde aguzas tu mirada, donde exhalas tu misterio, donde gritas lo que sabes, si aquí, frente a ti, yo no te veo?

La R. M. — Sólo quien con alma de niño a mi se allegue, se endulzará con mi aroma, tornará amarillos sus ojos con el reflejo amarillo de mis pétalos. Y en él, el rojo, —sangre,— se apagará, y le huirá el negro, —muerte,— y alzará su hálito hasta las fronteras del cielo. Porque sólo los niños, —ángel,— poseen invisibles alas para evadirse hasta mi altura... Yo fui dibujada con la espuma del mar, que el galopante etéreo, —viento,— trajo hasta la copa del oro, —playa. Y me tornó amarilla, la amarilla áurea mirada del inefable —, grito surgido desgarrado de la noche del misterio,— al hundirse en mi su esencia pura. Y me dió el hálito de vida, —aroma,— la respiración de la Estrella, —nieve colgante en la noche, tiesto sin flor en la penumbra viva. Y ahora, en medio de este prado de estrellas, — noche,— grito desde mi corazón sin forma, — aroma,— la esencia escondida del misterio.

Yo. — ¿Qué eres en la noche, cesto de fragancias, amarilla estrella, copa de colores?

La R. M. — Agua, Luz y Aire: —Eso soy. No más en mi vida. Y mi aroma: Agua, Luz y Aire confluyendo en un punto místico e inasible. ¿Qué respondes al Enigma?

Yo. — Agua: —cuerpo transparente, cuerpo del día y hermana de la noche. Corriendo entre los dedos: caricia del alma de la vida, que cristaliza en ella su ser, —plata derretida,— tornada transparente por el hechizo del beso trémulo y perdido que mil almas embriagadas de soledad

lanzaron en la noche. ¿Hirió ella nunca, con su mano líquida, el cuerpo del hombre hasta hacerle sangre? Y si en ella flotaron a veces los cadáveres, —cuerpos con alma aún,— ¿no les dió acaso, la belleza de la muerte?

La R. M. — Agua: —vida corriendo entre la tierra.  
¿Luz?

Yo. — Luz: —síntesis de mil miradas reunidas en un sólo rayo. Cuando el alma de las lámparas vivientes, —ojos,— cruzan sutiles el aire, y entretrejidas se entienden, surge la Luz, —Lámpara purísima del Orbe.

La R. M. — Luz: —un hilo de miradas. ¿Aire?  
Yo. — Aire: —prisión celeste del hombre, cárcel etérea y sin barrotes, llega de la tierra al cielo en infinita escala ascendiendo, y en ascensión sin fin torna celeste la poblada región donde estrellas moran. En él quietud sin fin en placidez de rosa. Y si borrascas agitan su presencia, más alto aún su calma permanece.

La R. M. — Aire: —cristal limpio y diluído.

Yo. — Con alma de niño descifré tu Enigma.

La R. M. — Sutil te exhalo mi corazón: —mi aroma.

Yo. — Amarilla, —con amarilló de crepúsculos marinos flotando sobre los mares,— tu alma hiera mi alma. Una contigo es. Y huída, ya se cierne sobre la noche.

La R. M. — Mira! ¡Mis pétalos se abren en ella uno a uno!

## DIALOGO DEL AGUA

**La R. M. — Agua: vida corriendo entre la tierra.**

Yo. — Agua en lo profundo, y en lo alto, nube; agua en lo profundo, y en el aire, nieve. En ondas de vidrio, escarcha; en ondas de plata, reflejos de luna. Cristal herido; copa del deseo. Refrescando la tierra, —sed del Orbe,— hilo de agua en cántaros de greda; agitando el aire, —catedral de vidrio, — llanto de los cielos en copas de nácar. En nube convertida: espejo del mundo; en nieve trocada: pureza del alma; sollozo bajo tierra: aletear de pájaros en sombra. Alerta cifra de rosas, —unidad de un número,— alientas vida. ¡Vida tu misma cuando piensas nieves, cuando sueñas nubes, cuando cantas lluvias! Todo lo limpias como el candor del alma; todo lo elevas como las frentes puras. ¿De dónde vienes? Tus cristales heridos, — ¡oh, tú, almo pinar de lágrimas, canción de puro llanto!, —ocultan en diáfana transparencia lagar de vida y cúmulo de lucientes misterios. —¿A dónde vas?— Segando el Tiempo en medio de los días, —lluvia de luz, madeja de colores,— y a través de las noches, —tienda de estrellas — guías tu rumbo hasta la lejanía, hasta más allá de donde mi vista alcanza, hasta más allá de donde mis anhelos yacen muertos: lóbrega gruta, donde arde la Lámpara que quema luces, —ciencia,—sin trocar en paz su esfuerzo eterno.

Agua. — Manantial de pureza, alma del día, corazón bordado de peces soy. Sugiero lluvias a tu sed de un día. Y sigo, —huyendo,— buscando los límites del tiempo, hasta la eternidad del mundo, hasta el fin del espacio. Y tú, —pequeña Lámpara de un día,— en mi tibia orilla permaneces, y me ves correr, —huyendo,— sin que tu anhelo de nieve, sin que tu sed de estío, puedan contener mi impulso poderoso. Mirame correr: —blanda y perfumada, riente de lirios, —avalancha de nieve,— avanzo y busco la lejanía: desconocida región, gruta ardida de misterios, eternidad de nieve, fuego y llanto. Y en mi lo llevo todo, como el horizonte, —fragua de crepúsculos. Y tú,— pe-

queña lámpara de vida, — permaneces, — angustiada cripta, — con tu encendida Lámpara, en esta torva orilla, animado barro. Mas yo, — agua, — tu fuego no apago: que en mi rápida carrera, — luces de días, — luces enciendo.

Yo. — Luces enciendes, — gota del Cosmos, — mas yo en sombras permanezco. En sombras, — noche del misterio, — como un pájaro angustiado, como una niña loca. Hundo en ti mis dedos de álamo antiguo, y tu frío, — tu porvenir de nieve, — hiela mi corazón, — urna de fuego; hundo en ti, — linfa, sangre cristalina, — mi mano abierta en un gesto de espigas, y tu fuego, — tu porvenir de nube, — quema mi frente, — hierro de la angustia; hundo en ti mi lengua, — sed, — y te abres como la flor en pétalos, — tu porvenir de lluvia, — esparciéndote hasta el fin del mundo.

Agua. — De cántaros del cielo caí sobre la tierra, — fuego lustral del Cosmos, — e hice de la tierra un cántaro de vidas. En todo estoy, — agua, nieve, nube, — y alerta espío la muerte en mi correr de vida. ¡Queda! ¡Queda! Permanece en tu orilla de nardo, que yo avanzo, — huyendo, — renovando el ceñido misterio: la eternidad del hombre! Y tú, — pequeña unidad de una cifra inmensa, — y tu, — pequeño signo helado, — y tú, — ojos temerosos, barca del acecho, — pasa la Lámpara de tu mano a la mano del Niño, — ángel, — del Niño, — simiente, fruto del futuro.

Yo. — Sobre la greda postro mi rodilla; sobre la greda clavo mi frente: árbol de oscuros frutos. Gimiendo en la tierra mi inmovilidad de asombro, agonizante espero: — el milagro. Tú, — agua de luz, — llevarás, — curso sinuoso de la vida, — más lejos aun lo que yo llevar no pude: — mi anhelo de alboradas que quiebran el misterio.

Agua. — ¡Llevaré! Agua, río sin riberas, invadiré la región de las estrellas. Mas escucha: del cielo cae, — celestial lengua del Orbe, — un eco poderoso: la voz de Dios sobre el abismo.

## DIALOGO DEL AZUL

Yo. — Cálida ceniza de mis días, abierto llanto en cúmulo de hiedra, Azul, — crepúsculo marino, argonauta de estrellas, — con bogadoras velas, — palomas de los mares, — abres sobre un cielo sin fin caminos de deseo. Tibias alas de ensueño; cálidas caricias. Un más allá transido abre pechos de espuma en olas de infinito, y alas de oscura noche retumban en el corazón sangrante de vagas lejanías. En ondas precipitan, desde el eco del mundo, sus canciones, las muertes. Y por ti corren, Azul, — sangre en canción por tus venas albas, — y hasta mi llegan; hasta mi, — remanso del mundo. Y en mi, — hálito de muerte, — crecen ascuas de sangre, y en faro de luz hasta ti suben, y tú en tu sangre bebes, — nieve de fuego, — mis encendidas ansias. Yo conozco el camino, tú conoces las horas, ¡volcán de límpidas estrellas tus lágrimas me bañan! Y yo vuelco hacia a ti, en sigilosos vuelos, trashumantes rebaños de ilusiones. ¿Qué cantos desconoces? ¿Qué lágrimas no bebes? Hay en tu único pecho azul un corazón latiendo. Y allá donde la luna, — rosa amarilla, — mares de ángeles baña, con tu alondra lengua mis canciones repites, y con tus ojos, — avidez de luces, — vuelves a florecer mis lágrimas.

Azul. — Jacinto ciego, — limpidez del mundo, — en metales de luz mi signo oscuro escondo; y en apagados días mi pecho azul no brilla. Enciendo, — velero de la noche, — la más callada estrella: la estrella que no brilla, la estrella que no canta. Aquella que se esconde por detrás del cielo, y en el viento de la noche, sobre la tendida tierra su rumor esparce. Inesperada luz se oculta en ella; inesperado canto en ella pliega sus alas. Rosa de encendido arrobo, aliento en mis caricias; y desde el cielo hasta la tierra bajan aguas, — cuna de mil llantos, — de transcendidos mundos. Arbol florecido en cúmulo de dichas y de llantos; ave marina de encendidas sales; prisma en que los colores de la vida dan su blanco único, soy. Y en mi fluído correr, — agua en azul, — enciendo luces y palpito en rosas. Y desde mi escondido rincón, — catedral en sombra, — alien-

to sobre el mundo aroma de vida y pétalos de líquida fragancia.

Yo. — Campana de alto vuelo, torre del silencio, hay en tu agreste despertar de estrellas una eternidad de cielo y nube. Y por un desierto firmamento de astros, navegan nítidas velas, —hombres,— buscando el cielo iluminado de palomas, —aves de tímidos retornos,— donde el sol, —himno gigante— devuelve al Sér a la fertilidad del mundo. Mágica flauta tu rumbo guía, y levantando encendidos salmos, floreces rosas.

Azul. — Mis dedos de luz abren antiguas flores; y en la concavidad del celeste espejo, un ciprés de luto dibuja su figura. Tapiz de blandos corales; luna de escar-chados rizos. Mi mano, —salmo de vida,— largos hilos de luz sumerje entre las rosas; las rosas de ardidos pétalos, las rosas de místicas fragancias, —cuna besada de milagros. Y allí mi aliento corre, y en un cielo donde luces arden, —hombres, estrellas taciturnas en los prados del mundo,— allí desgarraré mi pecho, —pozo de agua con infinitas ondas. ¡Busca la luz en mi azul mirada! Porque yo, —canción eterna,— canto mi salmo sobre la cuna del niño, y enciendo pétalos allí donde el hombre a la Cruz entrega el alma.

Yo. — En la hora de morir lejanamente, en un arranque de límpidos arrobos, tu llevas hasta el hombre el cisne immaculado en su pureza de nieve, —canción de muerte en blanca arquitectura, — y bañas en luz su postrer aliento, su grito desgarrado en la puerta del misterio.

Azul. — Sobre mi pecho azul y único, se vuelca un caudal de amargas aguas.

Yo. — Azul y rojo, mana tu corazón sangre de fuego.

Azul. — ¡Calla! ¡Sobre la ola viva de las multitudes, cae una limpia población de estrellas!

## DIALOGO DEL ALFARERO

Yo. — Sobre la greda cántaro de greda, —rosal de carne del barro desprendido,— en limitado ámbito y en única fragancia una luz me ilumina: ingerua luz y luz cansada, que golpea mares y levanta vientos, que alza cielos y quebranta cántaros hermanos. Luz interior que ilumina la honda lejanía, —bosque inmenso de místicos rosales,— y las cercanas ánforas que con tu aliento, ¡oh, celeste alfarero!, vivificaste en mi camino. Y por los derribos de esa luz, —camino de la noche, derrotero a un puerto lejano,— a ti me alzo, y te veo, divino alfarero, con mis ojos limpios de mirar la tierra y ardientes de verter brasas y llantos, erguir la inquieta mano modelando mundos y alentando en tus ánforas divinas tu hálito celeste. Rosa radiante tu hálito levanta; pálidas lunas, —frentes del ser,— tu capricho ciñe. Y tendida luz vertiendo por los anchos rosales de la tierra, ciñes un puro milagro en el alma del hombre: milagro de amor en el rosal y fraternidad en las hondas raíces. Milagro de amor que traspasa rosa con rosa, y baña en transparente luz el alma escondida de los mundos. Hondo como un suspiro en el místico camino de la duda, —ánfora en cisne, blancura de los cielos,— clamo: ¡desde tu recinto de ángeles poblado, desde tu reino de estrellados lampos, oh tú, iluminado alfarero de diáfana mirada, explícame el milagro de amor que a la tierra, en ceñidos cielos, en amor enciende!

Alfarero. — Rosal en blanca altura soñadora, cúpula viva del mundo y vertiente de los ríos soy. Catedral celeste; ánfora primera. Pensativo entre las irisadas luces del crepúsculo, —imagen de la muerte,— soñé al hombre, —ánfora con mi aliento traspasada, rosa con pétalos en mis cálidas fragancias encendidos.— Soñé al hombre en un largo extasis humano. El hombre aún era ánfora de barro en taciturno sueño; y en la noche cuando la luna, —ánfora del cielo, hija del crepúsculo,— cernía su luz en largos ampos, lo quité del cieno, —dulzura de la tierra,— y construí su forma. Y fueron mis ánforas hombres de taci-

turna mirada; y fueron mis ánforas hembras de divinas redondeces. Y como fueron todos del mismo barro hermano contruídos, se amaron sobre el haz del mundo.

Yo. — Transparente música celeste rodó sobre los mundos, repartiendo armonías y besando rosas. Entre las claras vertientes de los valles, cantando, corrieron límpidas aguas. Y entre sus dedos de puros cristales se deslizaron rápidas caricias y se alzaron lirios de ternura. Bogando entre los pinos, —unidad cristalina,— danzas de alegría; nadando entre los valles, —caricias enlutadas, llantos encendidos; cantando entre los prados, —leche de tibios senos,— pleamar del Orbe. Y hasta los cielos y las constelaciones llevaron, —aguas de pureza,— sus líquidas estrellas.

Alfarero. — Un alma inmensa, diluida entre las mil partículas del Orbe, en vaga angustia se oprimía. Flor enlutada que buscaba el simple asidero del ánfora creada. Y yo, aspirando en un respiro inmenso el alma del Cosmos, la alenté, —unidad apretada en un signo múltiple, —sobre la desnuda arquitectura de mis ánforas, y creé en ellas la estrella del deseo, la sed de las caricias y el arrobado placer de traspasar cántaros hermanos. Y así, en un minuto de celestial arrobó, fué creado el amor universal.

Yo. — Tu mano antigua exhaló el milagro: tocaste el barro y el barro se hizo carne. Y le miraste y el barro se hizo luz; —paloma arrebolada. Y fué la luz tan pura y de tan diáfano aliento, que en un súbito cambio,—prestigitación divina,— la luz se tornó en alma.

Alfarero. — Y el alma corre, —rito de estrellas,— por el alma del Orbe.

Yo. — Bate el viento los límpidos rosales, y derrama fragancias en aires bogadores.

Alfarero. — Los trinos del ser en limpia comunión se exhalan, y en transparentes lampos, ¡lloran y cantan por mis terrestres prados y por los celestes valladares de mi altura!

## DIALOGO DE LA AMADA

Yo. — Peregrina luz, —silencio en llamas,— desde los cielos vencedora cae, y en tus ojos, —limpias cúpulas del llanto,— se yergue en signos de cálidas premuras; y desde un mar de acunadas estrellas desciende un ámbito de místicas fragancias, y en tu frente cae, y en aromas desbordado, la tierra enciende en limpias magnitudes. Bajo tu frente, —voladora argonauta,— la luna se destroza. Y hay en la rítmica gracia de tu seno, —palomar celeste,— un pleamar de endulzados arrobos. Todo lo llevas en tu signo puro! Todo lo cantas en tu lejanía! Porque en tu cifra, —número múltiple y único,— se enciende todo el místico aroma de la tierra. ¿Qué infinita ave en ti cierne sus alas? ¿Qué cándida fragancia en ti limpia su número? Catedral única, tu envuelves en tus ansias el mar de las estrellas; encelada paloma, guardas en tu seno todo el abrupto continente del Orbe. Y en el lejano temblor de tu mejilla, —flor sonrosada que la nieve cubre, —adivino,— intuitivo milagro,— un tras-mundo de rosas que evocan fantasías. Desde la Tierra, —Cristo verdecido,— un denso aliento se levanta, y en la noche,—bajel de sombras,—ondula,—limpia serpiente de aromas,—y envuelve en cálidas caricias la pitagórica música de las constelaciones. Y entre músicas y aromas, tu,—¡cálida unidad del Orbe!,— alientas ante mi tu cifra múltiple.

Amada. — Sobre un cielo diluído en eternas auras, tiendo mis alas; sobre el ángel más puro de los días, finjo mis albas rápidas y deslío mis ansias. Verde en el azul, dejo en el alma la canción del cuerpo. Porque en un día lejano,—sol y follaje entre glaucos aromas,—en un jardín antiguo, y bajo un manzano en que la vida y la muerte se acunaban, la Sierpe de oro engañó mis sueños. Cristal en llanto; rubí de sangre. Y en el instante que una larga cinta de luz rasgó los aires, una estrella cayó sobre la flor del mundo, y la ronda del tiempo bailó con pies ligeros. La danza del mundo se hizo rítmica y

aguda. Y oí la música que producía el mundo en su girar continuo, porque mi seno era una flor en luz, y en mi albergaba la ciencia de la vida.

Yo. — Alto ciprés de la muerte, desnuda flor del Origen, oh, tú, limpio aroma del mundo; vienes desde el confín del tiempo, —renovado milagro,— y en nuestra hora enciendes la hoguera de la vida. Porque en la sucesión de los días, —arrojada bocanada del río de la eternidad,— enciendes nuevas luces y empujas nuevas aguas hasta el fin de los tiempos. Tú llevas en tus ojos la Lámpara del sueño, y en tu seno late el ansia de los vivos. Miro tu frente: sobre su limpia nitidez de cisne, se dibuja un río de navegantes aguas, y en el fondo del río, —portadora de mundos,— palpitan las estrellas.

Amada. — En mi los altos pinos cantan su canción desnuda; en mi la luna exhala su plenilunio inmenso. Porque desde aquel día, —revelación del mundo,— latió en mi corazón el corazón del Orbe. Fuí simiente y cauce de las más altas aguas. Origen de los ríos, —vida fluyendo,— en mi lo encierro todo: el origen del hombre y el alma de los tiempos. Transformada yo fuí por el milagro verde. Y oculto dejé mi ser, y me entregué al amado. Y fuimos Uno: la carne se hizo alma y el alma se hizo cuerpo. Los valles se llenaron de rosas vigilantes, y el infinito retrocedió de espanto.

Yo. — Campanarios de insólitas campanas llenaron el espacio de lejanos tañidos. Y celeste fué la música que en su canto alzó, hasta la eternidad del cielo, la Creación del Hombre, —rosa sin tallo perdida entre los astros y en el cieno enterrada.

Amada. — En mi seno claman, hundidas, nuevas vidas.

Yo. — ¡Vuela! ¡Ríos de nieve y fuego con su clamor te llaman!

Amada. — ¡Vuelo! Mordiendo el haz del mundo, hasta los lagos lejanos, —claras pupilas del Orbe,— iré a beber la linfa de la vida.

## DIALOGO DE LA LUZ

**La R. M. — Luz: — un hilo de miradas.**

Yo. — Luz de la alborada; canto de los pájaros de luz del día que despierta, cendal de tibias alas, orilla sarmantosa del nocturno río, prieto engarce de piedras de colores entre niveas redes: besando la pura frente del día, surjes; besando la pálida frente del día, y llorando la desgajada muerte de la noche. Milagro de luz, llanto dulcísimo, hasta mi llegas entre rumores tibios y despiertas ansias. Yo te ví llegar, luz en la luz, —rimero de colores,— con mi anhelo despierto sobre el secreto río: nocturnas negras alas sobre mi frente inmóvil, secreta mano de hierro gemidora sobre mis párpados de plomo entre la sombra, —dolorida encima del misterio. Para mi sed de luz, abriste tus corolas; para endulzar mis ojos, —membrana amarga de adelfas y de lirios, —quebraste las barcas de la noche. Luz en la alborada, —blanco perfume, sollozo de la noche, dime: ¿abriendo los misterios, tus dulces dedos de luz, de dónde llegan? ¿En qué río helado y secreto nacen tus livianos signos? ¿Qué escondido pinar de llanto buscan? —Dime, —nave de luz, —tu secreto origen. Yo, desgarrado pecho, te interrogo, —tronco de luz, hombro del día: ¿de qué punto preciso de la aurora, —perfume de colores, surgiste para llegar a mi,— grito en la sombra?

Luz. — Nívea y dolorida luz, angustiada frente soy; nívea y dolorida, río helado, nieve sin forma, aurora de altísima montaña. Diáfana en el secreto de mis limpias piedras. Estremecida, con mis finas puntas curo los helados pechos de la noche, y, portadora del día, —Lámpara toda luz, avengo claridades,— pozo de ciencia, anhelando inundar de claridades a la sombra. Deshielo mis témpanos de angustia, y con mis tenues dedos albeo en luz las espaldas de la noche. Porfiando olas de mar, abrigo auroras; quebrando piedras, ilumino mundos; llorando noches, lluevo días. Porque negras piedras sus párpados agu-

zan, y yo, —nido de luz,— llevo entre mi arena amarga su oscuro signo, su intención oculta.

Yo. — Tu fina arena, destilando días, rompe las duras piedras del misterio. Mas tú, luz del alba, eres joven canto de luz, y si claridades brindas, tenues en la sombra son. Asciede, creciendo, hasta el alto mediodía, — canto de bandadas de pájaros de luz, — y derramando universos de luz, crea la aureola del mundo, —fanal de toda ciencia.

Luz. — Cuando mi canto elevo sobre el abierto mediodía, vaso de ciencia soy, vaso de puras claridades. Un Universo en luz, un corazón en luz, un enorme diamante en luz sobre la esfera. Pero mi luz de mediodía muere y calla, y mi luz, mi enorme canto de pura luz, —va trocando en cristales apagados su cuajo de toda ciencia. Calla la luz del puro mediodía, —fina escarcha de luz, luz transpasada,— que en cristales de luz, claridades, para la sed del Orbe, albea. Vaso desbordado de colores, —arcoiris en sombra,— me torno. Y cuando luz de crepúsculo soy, avanzo cada tarde con mi fardo de sueños bajo el hombro, y mi afelpada luz, —almo sollozar de sueños,— es la conchilla aterida que llora bajo el río, helado en la luz de rotas claridades, —junco marino de luz con crepúsculo de peces.

Yo. — Y así te tornas en la oscura noche, —pinar en sombras,— pálida sangre de luz, alma luz de luna. Luz de pálida muerte, cofre de vacío. Trocas tus alas de luz, — copa de ciencia,— en cifra de cálido enigma, blanca flor del misterio.

Luz. — Vuelvo a mi luto antiguo: noche de fruto amargo, cendal de estrellas. Vuelvo a mi antigua noche, lagar de cruces. Y si a tu limpia sed de luz claridades no brindo, doy vida a la vida del hombre: el misterio ¡Esquife navegante donde el hombre boga sobre un mar de luces, —peces,— y de sueños!

## DIALOGO DEL HOMBRE EN LA CRUZ

Yo. — Lívida frente de greda, sobre la tierra luz del alma, —agua de luz en limpias claridades,— oh, tú, limpio Cordero, sobre la forma estremecida de la Cruz, — llanto immaculado,— derramas sangre que los cielos beben, y albeas lágrimas sobre tu faz de lirio; seráfica luz ilumina tu corona de espinas, —corona de nardos sobre tu frente limpia. Y sobre la estremecida tierra tu eterno aliento corre, y en armonías florecido, almas enciende en un secreto ámbito,— plácidas rosas que de tu aliento viven. ¡Qué dolorosa escarcha cayó sobre tus ojos! ¡Qué encendida luz, naciendo de tu almo dolor, rasga los aires! Los celestiales prados, iluminados de la pura luz de tu muerte, —milagro de luz,— viven en estrellas. Allí las almas pacen su sed de claridades; allí las almas sacian su sed de blancas luces. Porque cuando la muerte te clavó en terrible inmovilidad sobre el madero, una paloma única y pura surgió de tu corazón, —nido de ternura,— y batió los cielos con sus albas alas; y sollozantes, los olivos pidieron la gracia del beso de luz, y la cárcia de tu blanco vellón, limpio Cordero. Sollozantes, porque la luz no cernía ya su puro milagro, y como una helada bocanada de la noche, —río antiguo con barco de estrellas, avanzó su gemido sobre el monte del martirio,— prado de plegarias.

El H. en la C. — Sobre la Cruz del martirio, rosa de sangre; en la encendida ciénaga de la multitud, —vívido aliento, — lirio de luz. Rosedal en prisma de celestial anhelo. Mis pies florecieron al llanto de la pecadora, y fui como una pura flor, con mis brazos en cruz, en medio de los tiempos; fui una flor crecida sobre el llanto de la tierra. Ríos de heladas lágrimas corrían a mi encuentro, y entre ellos, —rosas dormidas en su dolor oscuro,— mis palabras florecieron como un purísimo canto de luz. Fui una rosa de luz en nocturna ciénaga; fui un lirio consumido sobre la dolorida frente del mundo. Y transpasado de celestial amor, desgajé mis pétalos, —palabras en-

cendidas,— sobre las muchedumbres, — fuente apretada de dolores,— y mis pétalos alentaron en el Tiempo, a través de los siglos.

Yo. — En tu marcha logrando rosas, —vida y aroma,— abriste en luz las Lámparas del mundo, —hombres, luces del Orbe. Y sembraste los puros trigos que florecieron su sueño de harina y sus blancos panes al hombre dolorido, al vergel sufriente. ¡Hombre tú mismo en tus celestes prados! Tú, —trágica encarnación del martirio, misterio incomprendido,— clavado en doloroso madero fuiste la luz del mundo y la encarnación del Hombre.

El H. en la C. — Mi sangrado cuerpo, —dormido delirio, estremecida tierra,— calló en la Cruz con su sopor de muerte. Pero mi alma, —pura paloma,— de mi cuerpo desprendida, limpia en su soledad de cándida ave, abrió con tenues dedos los confines del cielo, y vió con suaves ojos los corderos del mundo pacer, en desgarrado arrobo, la angustia de la tierra. Y ellos, hollando la fina arena de una playa de deseos, postraron ante mi su dolorida frente. Y yo, —copa de consuelo, catedral del llanto,— vertí mis lágrimas hasta encender en la tierra dulcísimo delirio, hasta florecer los prados que sobre ella alientan.

Yo. — Tu llanto sobre la tierra renació en vívidas claridades, y en la hora que avanzaron las sombras sobre el Calvario, tu fuiste el grito incontenido de luz, la encendida antorcha sobre los ojos ciegos.

El H. en la C. — Desgarrada en la noche, como una blanca paloma flotando en el azul, mi alma nada a través de los mundos. Soy luz y llanto, y brindando rosas, ¡mis tenues dedos se abren en un mar de místicas dulzuras!

## DIALOGO DEL SER

Yo. — En abismos de carne sepultado, y entre un turbión de átomos dolientes, oh, tú, Ser en aladas ansias sumergido, Ser en fina angustia y en sombra atormentando, buscas tu ser en el ser de la carne, y en el ser de una espuma de vida, —rosas funerales,— buscas el ser en su más profunda huella —luz en la carne y agua entre la sombra. En infinita cárcel de átomos alentando, tus campanas tañen quebrando gajos de vida; vuelto hacia la eternidad del cielo, germinas astros en tus miradas. ¿Qué paloma única en ti extiende sus alas? ¿Qué luz de tras-mundos tus limpias alas hieren? Hay en tu hondo declinar un grito, —alas de luz, olas del recuerdo,— y entre Lámparas ardiendo y entre un fulgor de rosas, tu amarga angustia clama en nardos y en nieves aterida. ¡Oh, tú, nieve del Ser! ¡Oh flor de la pureza!, oculta en tu corola la luz del Orbe canta, y siempre en el sangrante Cosmos de la carne sepultándote, eres la oscura paloma gemidora cuya sed se extiende hasta la luz del mundo. ¿Qué helado signo, qué encendida brasa, tu inquieta cifra indica? Tus heladas puntas aguzan, en tu ser, el ser de la vida, y desde el ser de la carne hasta el cielo asciendes, porque tú, —fluída agua interior,— en los mundos ciegos y entre las estrellas tu número reflejas.

Ser. — Angeles de luz en mi su llanto vierten, y en mi sangrado seno lágrimas escondo. Soy lágrima de fuego en un turbión de sombras; y lágrima de nieve, en el ojo único del Cosmos. Con lágrimas enciendo los más ocultos valles: lágrima inmensa, el lago, en sí el cielo refleja. Oculta pedrería en su fondo se alza: las piedras de cantos, las piedras de los lloros. Una lágrima única en mi inmensidad se yergue; un canto desgarrado en mi alza su grito. Búscame entre las sonoridades interiores de la carne, y entre laberintos y abismos mi viva luz descubre. ¿Qué sedienta agua, que lágrima marchita, mi oscuro signo y mi cifra múltiple iluminan? Oculto, llorado en llanto eterno, ignoro mi ser, desconozco el camino. Soy ser en-

tre la carne, soy luz en las tinieblas, más ignoro la esencia de mi fugaz momento. Como el Hombre de la Cruz, —rosa empecinada, celestial argonauta,— desgajo mi momentánea carne inesencial, y siendo Ser, despojo a mi luz de cárcel vestidura; y en mi se alza la luz que claman los olivos: porque soy quebrado aroma entre las montañas: luz del Ser que ilumina los pétalos de doloridas rosas.

Yo. — Alas de clamorosos ángeles iluminan tu sueño; estrellados prados, —azucenas en flor, lirios del día, — traen tu canto hasta el ruiseñor del mundo. ¿Qué escondida sierpe tu corazón aguza? En el almo pinar de tu sueño, nardos de luz aluminan tus alas. Porque en ti, — diminuto reflejo, — pliegan sus plumas las alas del mundo, y en ti lo llevas todo: Siete Colores y una paloma ardiendo, el cierzo del Orbe y el agua de la fuente. Y siendo Ser, ignoras el ser; pero seráfica luz en ti llora sus lágrimas, y tú, — trino desgarrado, luz de alba luna, — tus lágrimas viertes hasta la Cruz del mundo.

Ser. — En el Cosmos abierto de la carne, — encarnizada lucha, — hundido y sepultado yazgo, pero mi luz, — ignorada agua, — hasta la Cruz elevo. Sobre un nimbado cielo mi frente se desgarran, y mi luz, en luz clamando, llora en dulce dolor y se derrama por los valles del mundo, por los celestes prados.

Yo. — Hasta la nieve de las cumbres puras, hasta los ángeles estrellados de la muerte, clama tu luz.

Ser. — Más allá de la muerte, entre las sombras y dormidos lirios, llevaré mi agua de luz, ¡qué lágrimas de luz bebiendo, en angustia gimo mis inasibles místicas estrellas!

## DIALOGO DEL ANGEL

Yo. — Tus alas de barro en oro y plata trocando, Angel, — capitán del cielo, — asciendes en evasión fugaz de tierra y mares. Mira a lo alto: calladas estrellas, — criptas del deseo, — claman en la noche diáfana pureza; y escarchada luna, — amarillo faro de celestes mares, — alumbra tu temerosa barca de naufragos anhelos, que entre aéreos arrecifes bogando, sube, y quebrando mundos de la dormida tierra se desprende. Los puros ojos abiertos a la noche; fijo tu anhelo entre dos estrellas: azulando el negro, quebrando la esfera, subes: ¿Qué ruta buscas entre la noche? ¿Qué timón guía tu esquife navegante? . . . En tu agreste huída buscas el misterio, y entre lunados mares nocheando asciendes; y la luna, — fragua, — en nocturna herrería, desprende chispas, — crisol de sueños.

Angel. — De la tierra desprendido y ascendiendo, entre lunada escarcha y vívidas estrellas, mi nave guío por nocturnos mares; y por abruptos hilos de luna escalo, y anhelante busco lo que más alto que la tierra el cielo ofrece. Tímidas ansias, — celestial arbo, — sus llamas queman en torno de mis alas. Y calladas voces de mi lengua elevo, hasta celestes Lámparas en ciénaga de noche. ¿No aletea el misterio su cumbre borrascosa, su insondable sima, allí donde tus ojos postran sus hilos de miradas? Signos de cálidas muertes su misterio diluyen detrás de las estrellas; bosques de misterio su rumor anuncian, estremecidos por el viento de la noche. Y sondeando abismos, subo; sondeando abismos, para clavar mi pecho en el misterio.

Yo. — El suave hálito de la tierra envuelve mi desnudez de pino; y mi cuerpo atan al barro, — estremecido seno, — en la noche ágiles dedos. En tu voraz huída por los aires, Angel, — alma desprendida, — llevas en torno de tus alas fuego, y nieve cubre tu frente entre lirios sumergida. Y yo en la tierra atado, — paciando sueños, alimentando luces, — sigo tu huída con mi frente a os-

curas, y alzo mi mano con abiertos dedos, anhelando asir tu túnica de hielo. ¿Qué revelación traerás de tu viaje? ¿Qué misterios develarán tus ojos? ¿Qué tremenda gruta retumbará ante tu corazón de niño? ¿Qué suave muerte conocerán tus sienes? Angel de la tierra, —capitán del cielo,—dime: ¿Traerás a la vuelta de tu huída tus manos de estrellas llenas? ¿Dirás a los hombres la ciencia del misterio? ¿Arcos de luces encerrarán tus ojos? Mi carne estremecida en el cieno se revuelca, más mis ojos ciegos tu viaje siguen.

Angel. — Estremecida escarcha mi corazón aguza; el rito del fuego y la liturgia de la nieve mi anhelo impulsan hasta blanca altura. Sediento de milagros y voraz de misterios, la noche escalo hasta el fanal de estrellas. Mas nada se y si anhelando asciendo, en fértil huída sembraré de miradas el misterio. Y de la tierra desprendido, a la tierra tornaré, — alas de barro.

Yo. — Entre túnicas blancas, de hielo y fuego, ¡huyes!

Angel. — Estrellas busco en prados de deseo.

Yo. — Y yo en la tierra mi interrogación aliento.

Angel. — ¡Alienta! El cielo parece una copa sin fin en túmulo de muerte!

## DIALOGO DEL ALMA

Yo. — Limpia estructura de nieves y de blancas rosas, oh tú, alma en cándidos fuegos consumida, sepultas tu pura cifra entre un rumor de luces, y entre un nimbado cielo de azucenas palomas, huyes por la secreta escala por donde asciende el Angel; huyes por la escondida senda por donde llora el niño, —ángel en tierra,— su angustia sollozada, su clara agua herida. Con tu vaga arquitectura de astro, —alma de sollozado anhelo, plata de llorado acento, —buscas en el aire puro y entre las estrellas, —arrobadas lágrimas,— la mansa calma con su fina luz de rosas y de pétalos. Más entre aquellos celestiales prados alienta el alfafero de mundos, —modelador del barro,— y con su inquieta mano el aire mece, y enciende de inquietud hasta los pétalos de la más pura rosa, y llora por los aires un trasmundo de adelfas en dolor de nieve. ¡Qué claro clamor allá en la altura! ¡Qué angustiado rumor aquí en la tierra! Y tú, cantar del alma en cándidas ovejas, quebrando las duras peñas de la noche, lavándote en los cántaros del día, buscas el tibio rumor de verdes prados, la endulzada luz de senderos matinales. Y en mí, ¡cuánto arrobo de celestiales ansias perdido para siempre en el oscuro pinar de mi angustia! Tú, alma en el alma, nieve en la nieve, lava en lustrales fuegos y limpia entre nardos y rosas tu puro corazón de niño, que yo, con mis ojos en lágrimas y mi corazón en sangre, desde esta tierra ardida de milagros y quemada de dolores, elevo hasta tí mi destrozado salmo.

Alma.—Taciturna estrella del deseo, ardo en un éxtasis vago de luces y de pétalos. Fuente angustiada; agua cristalina. Del ser al ser elevo mi encendido llanto, y buscando la paz y el reposo eternos, hiero, —limpia fuente de lágrimas,— el aire sollozante, la mirada diáfana. Turbión de néveas alas soy; turbión de néveas alas y encendidos trinos, si en el clamor de las alturas vago, vago clamor de sollozos aliento. Porque en mí las lámparas se iluminan, y en mí se arrodillan los llantos, —desgarrados trinos del ser.



Y en esta clara armonía que desde la tierra contemplas, cuánta inquietud esparcida entre los astros! ¡cuánta desgajada lucha y llanto de finas lágrimas en el rosal celeste de esta altura! ¡Oh las celestes praderas donde mis llantos pacen! ¡Oh los dulces lagares donde mi vino exprimo! Azul angustia, —niño celeste,— ardientes fuegos vierte en estos altos olivares. Un rumor de cedros, en la altura, llantos enciende. Y yo, sin poder conjugar en tímidas alas mis cálidas angustias, lloro gemidos entre nardos de luz y mares de nítidos aires.

Yo. — En lo alto, llanto de ángeles; en la tierra, dolor del hombre. La paz sus besos niega, y el turbión del agua, —vida,— avanza, devorando angustia. Lunas heladas; celestes orbes. La vida; rosa fragante, —rezuma su dolor de niña. Gemidos en la noche el inmenso espacio cruzan; almas en dolor se funden en el aire, y más allá de los azules mundos la inquietud gime su constelado salmo.

Alma. — Los rosales de la vida, —ánfora de fino dolor,— sus rosas cierran en un tumulto de átomos. Y sus agrestes pétalos desgajan en la noche su blanca lluvia de dolorido acento. Hecha al vuelo tus almadadas lágrimas, que si en la celeste altura con las mías se funden, irrumpirán en un sollozo inmenso entre el ciego mundo de las rosas. Porque yo, —alma de nieve,— ardo viva entre inquietas estrellas, y en mi eternal angustia mi Lámpara no apago, y en mis ojos, —vijías de infinito,— recojo las lágrimas del Orbe, y acuno los ardidados llantos que de la temblorosa tierra se desprenden.

Yo. — Atado en esta oscura noche de lágrimas, mis lágrimas vierto sobre la rosa amarga.

Alma. — ¡En dolorida escala a mi corazón de nieve ascienden! ¡un grito antiguo sobre la tierra clama! ¡Y en cárbabe cielo, en pétalos fragantes, la luz del Orbe llora!

## DIALOGO DE LA MUERTE ILUMINADA

Yo. — Blanca de pálido misterio, ¡oh, tú, muerte iluminada!, por rayos de suavísima luna descendiendo, en verde prado de olivos alentando, luces enciendes en ámbito de rosas. Bebiéndote la luz a mí te allegas; tragándote la cálida doncellez del día, surgiendo viva entre las negras rosas tu dura desnudez de lirio, misterios finjes en cúmulo de adelfas. Rodeada de sangre, tú, —Jesús sobre ríos de sangre caminando,— entre ella flotas, pero limpia surjes, y entre mares de sangre surjes pura. ¿Qué signo puro tu misterio albea? Con tus tibias alas, —ángel de muerte,— todo cuanto alienta rozas: sobre la tierra, más alta que el azul; bajo la tierra, más allá del fuego. Y ahora, tú, —símbolo blanco, unidad de mil cifras de muerte,— ondulas ante mí tu misterioso número. Bebiéndote la luz, —¿por qué la bebes?,— absorbes mi mirada que se hunde en tu diáfana pureza. Y desde esta tierra sedienta de milagros, —milagro eterno es el nacer de rosas,— yo te interrogo con mi dura angustia. Dime. ¿Desnudaste al agua de su manto líquido para crear con ella tu cifra de pureza? ¿Bebiste la luz para ser radiante, y radiante siendo tu misterio ocultas?

La M. I. — De los afilados cuchillos del alba, —cesto de luz,— mi esencia pura extraje; y albas túnicas de luz vistiendo, y raudales de luz tragando, inefable surgi del morir de la vida. Muerte soy de luz tocada, —dura encarnación del misterio,— y tenaz oculto mi oscura esencia, porque de mi misterio radiantes surgen las rosas de la vida. Que si mi blanco misterio descifrado y visto fuera, las estrellas no lucirían más su jaspe de lágrimas, y el hombre, —Cristo duro y seco,— acallaría su sed por dominar las rosas. En blanco túmuló y en sepulcro oscuro existo, y el hombre desde el informe principio del Tiempo, a mí acude, y apaga el seco rumor de su vida por descifrar mi enigma.

Yo. — Despierte tu rumor un día, y desnuda y seca a mí acude, y abre mis ojos cerrados en la sombra, hun-

dados para siempre por esta luz sin luz, mordidos por la duda. No dejes en sombra mi fluir de vida. Sobre su líquido correr, —manantial surgiendo de la tierra seca,— posas tus manos de luz y detienes su corrienté. Mas, ¿qué signo guía tu intención oculta? ¿Hacia qué mundos a los vivos llevas, y en qué oscuro rincón del Universo el cansancio reposan de sus vidas?

La M. I. — No te diré. Mi adelfa cubre con sus pétalos las claras y vistas rosas. Mira en la maraña: aires se agitan y tormentas rugen, en desorden eternos y en eterno caos. Y por ella avanzo y caminando gimo, y por mí, —Muerte,— viven y por mí se mueven. Clava sobre la dura tierra tu corazón de nardo, y deja que detrás de las estrellas oculte mi reinado.

Yo. — Y yo, aquí, en este oscuro recinto de tinieblas, que un rayo de luz más densas tornan, muero de angustia ante tu enigma incierto. Y oculto y vivo entre las rosas, acecho el callado palpitar de los misterios. Mas tú a tu altura asciendes, y tu ciencia guardas, velada por la luz, —agua de muerte, nocturna agua,— que bebes en cántaros de días.

La M. I. — Mi misterio, como una flor dormida que de pronto estalla, se abre cuando el Hombre en la Cruz, —cifra eterna y apretada de dolores,— sus pies y manos clava.

Yo. — ¡Dime! ¡Dime qué misterios portas en tu muerte viva! ¡Dime! ¡Dime qué angustiados pájaros sus picos locos en nuestro pecho clavan!

La M. I. — No te diré. Callada, —vaso de silencio,— seguiré mi ruta hasta el fin del Tiempo. Mas mira: se abre la alborada en pájaros de luz, y yo me iré, —bebiendo,— hacia otros mundos!

## DIALOGO DEL AIRE

### Aire: cárcel etérea y sin barrotes

Yo. — Prisión de nieve diluida, —aire de nieve azul, cielo sin forma,— en tí enciendo mis llantos y apago mis silencios si en busca de almado silbo cruzo tus mares. Porque en tí viven las almas de los muertos, —vasos furtivos, acunados llantos,— y en tí alientan los hombres, cuando, —niño en azul,— gimen la quietud del llanto eterno, —muerte,— en la fronda de rosas del silencio. En tí, aire, —ruiseñor celeste,— copian las almas sus limpias letanías y acunan los muertos su angustiado sollozar de adelfas; en tí, aire en furtivo silencio, nardo sin forma. En tí vuelan, —¡blanca la trashumante torre del ensueño!— en rosas bandadas las ilusiones puras; en tí vuelan, aire, hasta más allá de la concavidad del cielo azul,— sueño sin fin de Dios, ojos en llanto. En tí, —ámbito abierto, fría corola de la flor marina,— las almas moran en posteriores sueños; y las almas vivas en tí posan su llanto, y ascienden por los cálidos dedos del sol, —oro sobre oro en el confín marítimo. ¿Por qué en tu seno viven en tal paz tamañas cosas? Pliega tus alas de finos cristales sobre mi frente, y dime: ¿por qué en tí en llanto se trocan a veces las sonrisas? Mi dilatada angustia mis niños ojos quiebran, sobre una flor de ensueño mi frágil alma llora. ¡Dime, dime, aire sin fin, tu albear entre la sombra!

Aire. — Sobre aromas de lirios, besos del Orbe; sobre la flor del día, cierzo de oro. Cuando la cuajada Lámpara de la noche, —sangre en rubí y en esmeraldas sangre,— sus finos tenues rayos deslíe en mi cristal de agudas lágrimas, enciendo llantos en sombra de silencio, —perfume de la muerte.— Porque en mí moran los vivos y en mí viven los muertos, enlazándose en la limpia sinuosidad de los astros. Y en mí se cifra entera la eternidad, —vaso cerrado; y calmo así a los que sufren el dolor del tiempo huyendo, cuando gimen, enlutado ciprés de eternidad buscando. Soy el aire puro y soy la fuente limpia, con el agua lustral de nieve que a las almas troca puras. En mí beben

pureza las rosas del silencio, y en mí lavan su herida los eternos llantos: ella, la muerte, —lepra sutil,— en mí sus llagas limpia. A tí, —hombre en puro llanto, desgarrada exhalación de un sueño,— te doy la immaculada esencia de mi linfa: alienta en mí, respira en mí, y en mí cura tu angustia.

Yo. — Yo, —frente sumida en dolor,— lloro en tu linfa y albeo lágrimas en tu nácar puro. Mas si desgarrado agito entre tus pechos, —aire sutil, aire de nieve,— la muerte de mi angustia, en tí bebo la calma y absorbo claridades. Sobre tu frente reclinaré mis ojos, sobre tu seno sollozaré mi muerte. Aire, —cuna de silfos,— mis llagas quemo en tu pureza amarga, y mis sueños tiendo en tus sedosas plumas, porque tú eres el fin y término de todo el Cosmos, y la pureza en pureza de todo el Universo. Aire inasible y místico, en tus plantas postro mi ser, —sollozado aliento.—

Aire. — En mi seno te acojo, —llorado llanto niño.— Porque cuándo todos los hombres en su fin se postran, a mi regazo acuden en flores transformados, buscando la paz que brindo y el reposo eterno. Acuden a mi seno de ángel niño besando los seres y las cosas. En lirios, rosas y adelfas trocados, en mí respiran y su perfume exhalan. Mas dime, alto ciprés de dudas, ¿qué entrecortado anhelo sollozas en tu alma? ¿Qué lirios perfumados su interrogación alientan en tí, y a mi repuesta acuden?

Yo. — Yo te contesto: a tí, —aire en aire sin fin,— de la matriz de la tierra quiero volver, a formar la encantada ronda con los muertos. Y si mi cuerpo, —dormido pinar en sombras,— al volver de la tierra al aire sutil, —nieve de aire,— besara lirios en su conmovida fuga, ¡qué dulce tránsito del ser al seno de la muerte: —blanca torre de ensueño, desnuda luz de lirio, manos expectantes de silencio! Y mi alma de muerto, —de muerto sin luz de eternidades,— buscará vaga cruz de cisnes, —alborada de plumas,— en limpio aire inmóvil y quieta luz de luna.

Aire. — En mí, —aire sutil,— la cruz de la pureza cierra sus maderos en dulce abrazo para el alma del muerto que la clame. ¡Qué en almas nubes blancas lágrimas lloro, cuando en mi seno radiante almas recibo!

(YO - TU)

5

PEQUEÑOS POEMAS  
DE LA  
CREACION

ENTONCES COMENZÓ A LATIR EL MUNDO.  
Y EL SOL COLGABA DEL CENIT, TRIUNFANTE,  
COMO UN IGNEO TÍSTICULO FECUNDO.

Julio Herrera y Reissig.

## DIALOGO A TRAVES DEL TIEMPO

Estábamos (yo-tú) — bogando en el agua cristalina, huidiza y desplegada en un millón de escamas, como dos pulpos ciegos y perdidos en su doble corriente, —hacia atrás, hacia adelante,— de río impetuoso sin término ni forma. Bogábamos en el tiempo, llevando nuestra antorcha desplegada en un millar de luces: —verde, azul, negro, blanco, rojo, y los infinitos matices, imprecisos y sutiles como el aire. Alpha y Omega. Principio y fin de todo el Cosmos, la espiral del Tiempo desenrollaba, —hacia arriba, hacia abajo,— la multi-infinita gama de su copa. Y en medio de ese turbión claro e impreciso, surcado de luz y de tinieblas, éramos dos rosas puras y ciegas, acechándonos, buscando unirnos en un solo pétalo. Estático, —adelfa sin color,— el Tiempo, —reloj de arena goteando limpiamente su muerte-vida,— acercaba la viva cifra de nuestras puras rosas, en medio de un lampo de adelfas mortecinas.

—¿Qué lámpara alumbró tu ruta, oscura y tremenda, sapiente del sagrado terror? ¿Qué angustiado llamado oyeron tus oídos, retumbó en tu corazón abierto, hirió tus entrañas deseosas de la vida? ¿Qué oleajes tumultuosos de tremendos mares empujaron tu débil barca en mi angustiada ayuda?

—No sé. Sobre las márgenes secas de mi río, retumbó un eco lejano y poderoso como la voz de Dios.

—¿Qué agonía de humilde flor, qué tremendo terror ante el misterio, qué vértigo terrible ante el abismo, trajo hasta mi seca y dolorosa queja tu simiente viva?

—No sé. Mi corazón palpité como el fuego del mundo, y mis pasos sin voluntad vinieron a tu lado.

—¿Qué imperioso deseo de muerte y vida creó sobre

tu corazón viviente mi dura voz de nardo?  
—No sé. Busco la luz a través del Caos.

La luna era una lámpara helada en medio de la noche. Habían retumbado nuestras voces lejanas, y ahora, —(yo-tú)—, estábamos juntos en medio del misterio. Y en nuestro torno, en el informe Jardín de la Creación, las cosas acechaban, —con sus ojos alumbrados por la mano divina,— nuestras dos pequeñas vidas temblorosas, —dos gotas de agua que querían apagar la sed del Cosmos.

2

## LITURGIA PANTEISTA

Conversábamos —(yo-tú)— oscuramente, en el jardín florecido de estrellas, entre el arrullado perfume de la tierra humedecida, que subía hasta nosotros, en vaharadas cálidas y poderosas,— como la vida, como la muerte, como el amor. Nos rodeaban: —lampadarios insomnes en multitud de fuego, helados crisantemos, adelfas de muerte y vida, rosas en capullo y rosas abiertas; blancas y de todo color: —hasta el negro y hasta más allá del negro. Manto, nos cubría la noche transpasada del Todo que es Uno; músculos, nos ataban los brazos de los árboles oscurecidos por el negro.

Eramos fuertes: —estábamos más allá del infinito, entre regiones de fuego, ardidos, falenas con las alas quemadas. En la vida plena. Más allá del sexo, más allá de todo allá. ¿Dónde?... ¡Quién sabe!... Quizás en la espiral de un sueño; quizás en el turbión negro de la pesadilla.

¿Qué vida, qué muerte, qué potencia sin color ni forma, qué nacimiento de oscuro designio entre arrebolada sangre, qué volcán de lava negra, qué dolorosa agonía de tumbado insecto, — abrió el cauce? ¿Qué llamarada de fuego, qué ceniza del Infierno, qué cobre del centro del sol, — abrió el cauce? ¿Qué cifra de puras rosas, de jazmin dulce, de candorosa estrella, de tierno llanto de niño, de violeta humilde, de claro cordero, de encendido trino, — abrió el cauce?

—Sobre todo el silencio de la noche, —dije.

—Sobre todo el grito de los días, —dijo

Insomne, los ojos enormes, en rabiosa vela, ambos

rezamos la oración:

—Credo en tí, rosa, panal de miel, escarabajo sagrado, árbol del Bien y del Mal, serpiente proteiforme, cordero del blanco vellón, manzana roja, flor humilde, volcán fuerte, matriz del mundo: Divina Vida: luz blanca: —armonía de los Siete Colores!

## SINTESIS

Estábamos rodeados de muerte, como si el mundo entero de las cosas que vivía y moría a cada instante en torno nuestro, emanara un efluvio misterioso de vida, — que muere,— en cada segundo de transmutación del tiempo. Adelfas. Más allá: adelfas. Y más lejos todavía: adelfas otra vez. Y como un marco de vida para tantas muertes: —rosas y nardos; lirios blancos entre espinas; y radiante y roja, la Lámpara de donde emana el Ser: surtidor, fuente, cisne de fuego... Entre nosotros y la luna: —la distancia, intraspasada y diáfana. Pero —(yo-tú)— nos uníamos por detrás de la luna, en el espacio vacío donde sólo alumbra la mirada de Dios.

La muerte nos rodeaba... Como el sepulcro de un niño, abandonado, azotado por la tempestad, era mi pensamiento... La muerte nos rodeaba... Había muerte en la rosa radiante que vijila el infinito; había muerte en el lirio vivo de los valles, besando el día, claro como el agua, besando la noche, negra como el pasado; había muerte en la nieve pura de las cumbres, combatiendo con el sol; había muerte en el agua limpia, —plata viva, cristal herido; había muerte en el azul, en el oro, en los Siete Colores, y había muerte en la vida... Estábamos rodeados de muerte... Había muerte en tí: —En tus senos, arcos de gloria, vivos, —muertos,— bajo mis besos; — en tu frente, alero blanco, viva, —muerta,— bajo mis dedos; —en tus cabellos, invierno inerte, vivos, —muertos,— bajo mis labios; —en tu vientre, simiente pura, vivo, —muerto,— bajo mi dicha; —en tu sexo, cáliz abierto, vivo, —muerto,— bajo mi vida. Había muerte en tí; estábamos

rodeados de muerte.

Y moría yo, convulso, absorbido por tu vida.

Todo moría. La vida se hacía muerte. ¿Recuerdas? Pero bajo el viento del cielo, sobre las espigas de la tierra, vivíamos. Eramos la Lámpara y el agua, éramos la simiente y el fruto, y sobre nuestras frentes, la vida derramaba sus mil pétalos, —la muerte derramaba sus mil pétalos.

## TRINIDAD

Mi corazón era una puerta abierta sobre el infinito, transpasado de amarga salinidad, y en mi garganta trataba un rudo ruiseñor de encendidas plumas; tu corazón era una cisterna tenebrosa, un abismo absorbente de dolores, un rabioso estremecerse de cristales, un aguijón erizado y destrozado. Hirsutas crines. Mi mirada se hundía en todo, y de todo extraía la esencia ácida y quemante; en tus ojos, —hielo, en tus ojos,— fuego. Dorsos estremecidos. Hieráticos: cuervos sufrientes, grajos desplumados... Mi soledad, tu soledad... Nuestro doble odio... Rodeándonos: el Caos, los ojos ciegos y abiertos sobre el abismo. No obstante, se hundía en nosotros su mirada apagada, y, —(yo-tú)—, moríamos de terror frente al tremendo misterio.

Y el proscenio de nuestro espíritu era: —Lianas: garras estremecidas, cogiéndonos en sí, empujándonos fuera; —Mares: sal de vida, sal de muerte, abismo oscuro y verdinoso, con su agobiante misterio: algas, conchas marinas, peces de plata, redes de muerte, plasma del Ser; —Sol: fuego de muerte, la bi-existencia del No-Ser y de la vida; —Bosques, selvas, ríos: ojos del abismo; —Tierra sangrienta y espigada: origen de todo ser y cuna de ataúdes.

Todo nos unía; todo nos separaba. Albergábamos el terror, la muerte y la vida. Estábamos: —yo en tí, tú en mí, y un abismo nos oponía su negrura, y un abismo nos tragaba en su negrura. ¿Cómo fué?... ¿Qué oscura, qué tremenda potencia surgió?... ¿Qué colmillos clavaron nuestros pechos?... Lo ignoramos... No obstante, carnívoros los dos, plegamos nuestras hojas sobre el tremendo Insecto.

Había surgido la Serpiente... Origen del Ser, prin-

cipio de la vida, creación de Dios, dió al Hombre lo que Dios al Hombre había negado: el fruto y la raíz de todo Bien, el fruto y la raíz de todo Mal, la manzana del Misterio y de la Ciencia, el instinto del Insecto, la Muerte, —síntesis del ser,— la fuerza creadora de la vida, el ala negra de la Noche, —poblada de infinito,— el ala blanca del día, —cristalización del oro y del azul,— la oscuridad inmensa del insondable abismo, el blanco candor de las palomas, las alas sangrantes de las águilas, la rabiosa cosmogonía del Universo.

No la vimos. Pero estaba en nosotros, —(yo-tú)—, y nos ataba con sus astutos anillos, y nos sangraba con su lengua sapiente y venenosa. Y el Mito fué otra vez. . . Lámparas milagrosas de la vida, —(yo-tú)—, ciegos, absorbidos, con rabiosa furia, creábamos a oscuras el vértice de luz que faltaba a nuestra Trinidad: —el vértice del Hijo.

## CONSAGRACION DE LA PUREZA

La Serpiente se había replegado entre la fronda, y el Mito dormía entre las oscuras claridades de tu risa. Se apagaba el Insecto, —las alas abatidas, los élitros dormidos, —soñando entre adelfas y nardos, y entre oscuridades perladas de rocío. Y ahora estábamos, —(yo-tú)—, como dos niños en el aire puro, engarzados en un beso de Dios, como el agua trémulos y suaves, con la mirada ausente y embriagados de nardos. Sugería rosas tu actitud de calma. Sugería rosas y abiertos palomares tu mirada cautiva de mis besos; y tu frente iluminada por la nieve, languidecía entre los pétalos suaves de la noche. Estabas más alta aún que la pureza: —tocabas con tus dedos las últimas estrellas, y reflejabas en tus ojos los últimos crepúsculos. Estabas más alta aún que toda calma; —flotabas entre la encarnizada lucha del Cosmos, y eras una punta de agua que lo anegara todo. Estabas más alta aún que toda dicha: —habías dejado atrás la inefable muerte, y con tu cifra múltiple, marchando a ciegas con los ojos puros, buscabas en el misterio la unidad de la vida. A mí me poseía un angustiado y sollozante amor universal, mas te veía a tí, —estrella polar, pequeño vientre del mundo, surco de la simiente, sendero del futuro,— y te sentía como un prisma que desatara todas mis profundas ansias anudadas. Y mirando la fronda, —adelfas, nardos, rosas, violetas de los valles, lámparas de nieve,— sentía en todas las cosas, purísima, la respiración de Dios.

Del profundo misticismo de las cosas surgía perfumada de misterio la mirada divina: —los rayos de la luna teleaban sobre las hojas de los árboles una música suavísima, y eran como los dedos de Dios;—las estrellas miraban en lo alto, cándidas de rocío, y eran como los ojos de Dios;—en el horizonte lejano el cielo descendía hasta

la tierra, como un velo de transparente e inalcanzable pureza, y era como la frente de Dios;—y en el paisaje todo que nos rodeaba sonreía de tal modo lo divino, que era como si Dios nos sostuviera en sus manos ahuecadas.

Y surgieron de tus labios puros, —síntesis de vida,— tus palabras, como nardos, rosas, y pétalos fragantes. Y fueron tus palabras como nubes cargadas con el agua clara de las lluvias.

—Nido de vida, mi vientre puro; savia de vida, mis senos puros; plumón de vida mis manos puras, con caricias tibias y sonrojos buenos; fuego de vida, mis ojos puros; pureza toda de mi pura vida, y más pura aún mi vida en germen.

Y yo estaba en un silencio blanqueado de plegarias. Tú estabas a mi lado; yo te veía. Te veía buceando en el misterio, buscando el sendero de una vida nueva, y sentía que Dios estaba —total— en tí.

